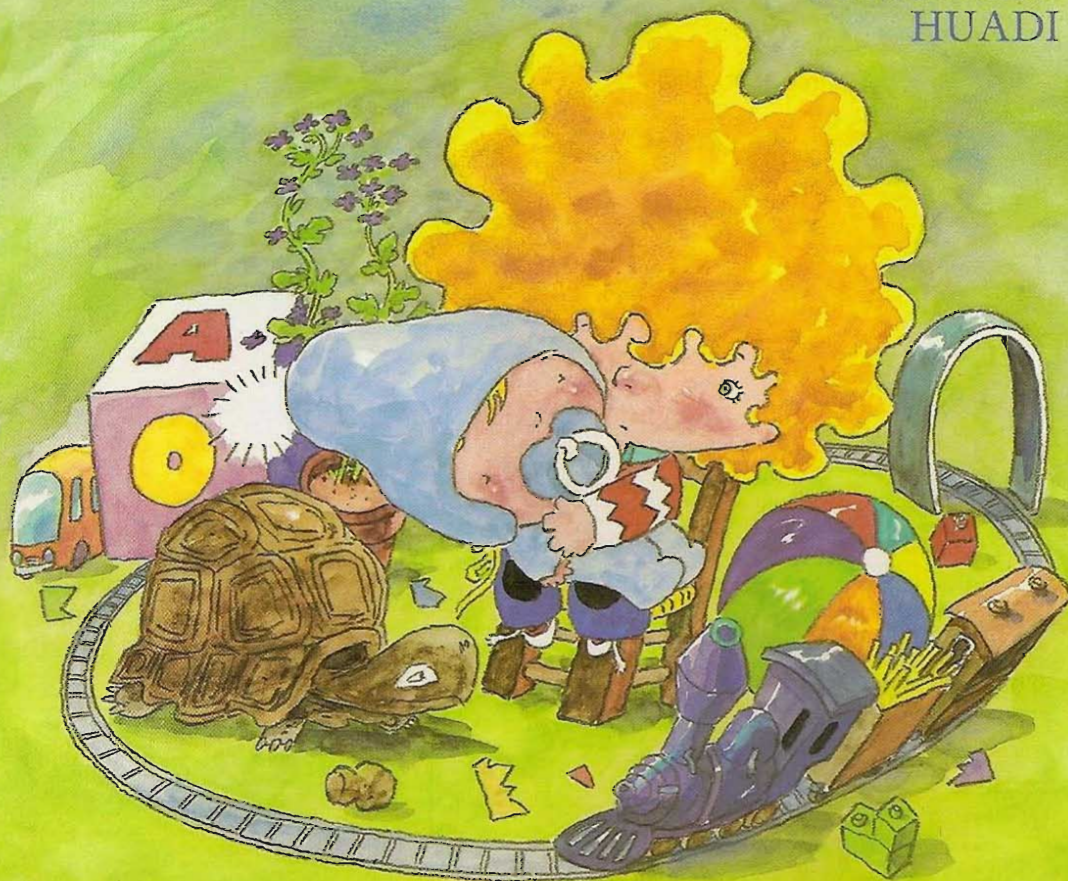


LOS CAMINADORES

A LUCAS SE LE PERDIÓ LA A

SILVIA SCHUJER

Ilustraciones:
HUADI



Dirección editorial:
Canela
(Gigliola Zecchin de Duhalde)

Diseño gráfico:
Helena Homs

Schujer, Silvia
A Lucas se le perdió la A / ilustrado por Huadi - 5ª ed. - Buenos Aires :
Sudamericana, 2007.
32 p. : il. ; 25x19 cm. (Los caminadores)

ISBN 950-07-1629-1

I. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Huadi, ilustr. II. Título
CDD A863.928 2

Primera edición: noviembre de 1999
Quinta edición: mayo de 2007

Impreso en la Argentina.
Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1999, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto I 531, Buenos Aires, Argentina.

www.sudamericanalibros.com.ar

ISBN 10: 950-07-1629-1
ISBN 13: 978-950-07-1629-1

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.



A Lucas se le perdió la A

Silvia Schujer

Ilustraciones Huadi





Para los que ya conocen a Lucas
(para los que no lo conocen también), les
comento que hace poco le nació el
hermano. Sí, ése. El que hasta el cuento
anterior estaba en la panza de la mamá.
Se llama Simón y no habla.

No come. No juega. No usa zapatos. Se
pasa el día durmiendo. Es pelado y, por si esto
fuera poco, dice Lucas, se hace pis y caca encima.

Desde que nació Simón, la vida de Lucas cambió.

Cambió un poco tirando a bastante.

Bastante tirando a un montón.

Primero porque dejó de ser el único chico de la casa.

Segundo porque de golpe y porrazo se convirtió en el mayor (que no es lo mismo que ser un mayor).

Y tercero porque le empezaron a dar más seguido que nunca los terribles ataques de “semeperdió”.





Para los que no saben mucho de medicina (habrá alguno quizás), les cuento que el “semeperdió” no es una enfermedad sino un ataque. Eso: un ataque que empieza cuando a uno se le pierde algo.

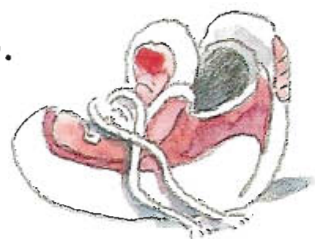
Sigue cuando uno no encuentra lo que busca. Y termina cuando aparece lo que se había perdido o ya nadie se acuerda de lo que una vez perdió.

(O se pierde otra cosa en el camino.)

En el caso de Lucas, ya antes de que naciera Simón, perder algunas cosas era algo normal: los cordones de las zapatillas, por ejemplo.

O las mismas zapatillas, cómo no.

Cada tanto le desaparecía una.



Él la buscaba por todas partes: nada por aquí, nada por allá. Y, en el momento menos esperado, la muy fugitiva asomaba la trompa por abajo de la cortina o alguien (¿a que no adivinan quién?) la rescataba del fondo de una pila de papeles que Lucas coleccionaba en un rincón de la pieza.



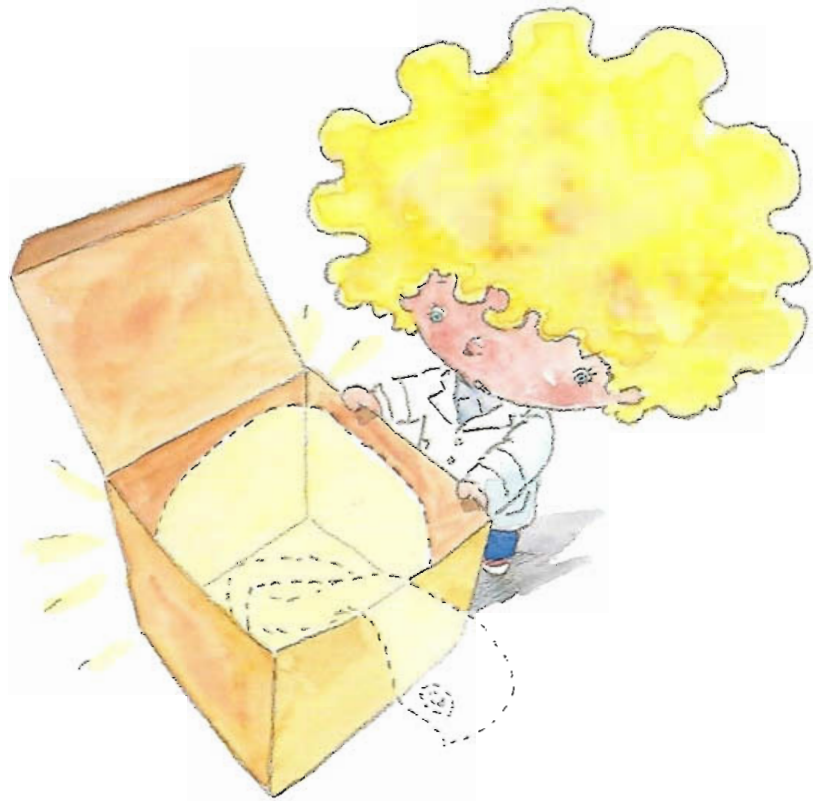
Desde que nació Simón, sin embargo, los ataques de “semeperdió” se volvieron para Lucas un verdadero problema. Un problema molesto, más bien gordo, pelado y de todos los días.

Casi casi un problemón.

Las cosas se le empezaron a perder como por arte de magia. ¡Y ante sus propios ojos!

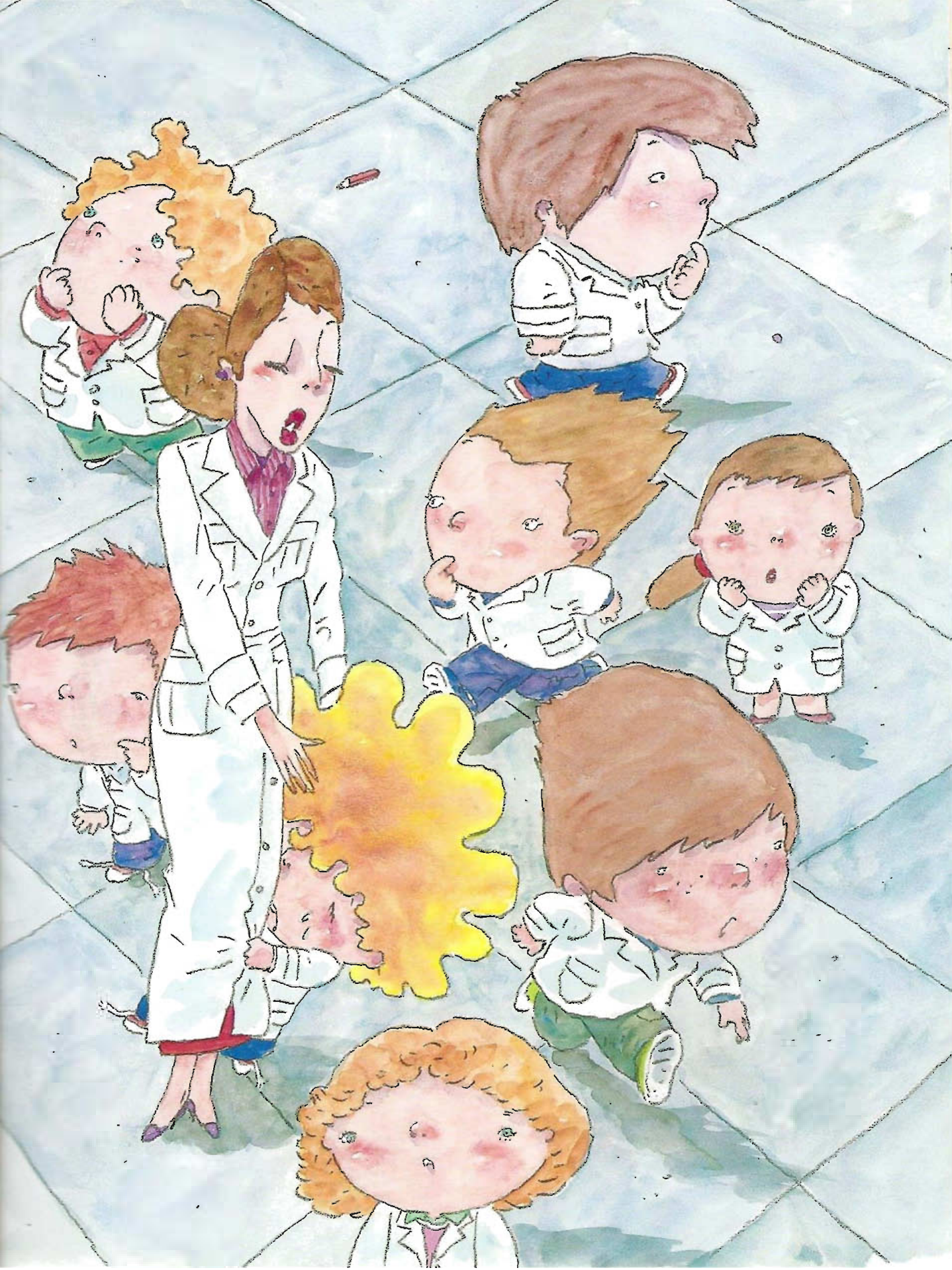






La primera gran catástrofe fue la desaparición de Griselda, su tortuga.

Lucas la llevó en una caja a la escuela. Los amigos jugaron con ella toda la mañana; hasta en los recreos la sacaban a pasear. Pero al tocar el último timbre, en el momento de preparar los útiles para salir, la tortuga se borró del mapa.



En la caja no la encontraron.

En el aula tampoco.

Y en el patio ni qué hablar.



La noticia se desparramó por todo el colegio como si alguien la hubiera llevado al galope (a la noticia, no a la tortuga). Y, mientras Lucas lloraba como un marrano y llenaba de mocos el delantal de la maestra que lo consolaba, desde la directora hasta el portero del edificio vecino no quedó una sola persona de los alrededores sin buscar.

Nada, nada y más nada.

Sólo cuando además de la tortuga también se habían perdido las esperanzas, sucedió el milagro.

Griselda hizo un movimiento raro adentro de la mochila de Lucas... y encontrarla fue cuestión de dos segundos.

—¡Acastá! ¡Acastá! —gritó Lucas recontento. Y metiendo la mano entre los cuadernos sacó, con hipo y con cara triunfal, a la tortuga más buscada del siglo.



El segundo desastre de esos días fue haber perdido una almohada.

La de la cama más chica.

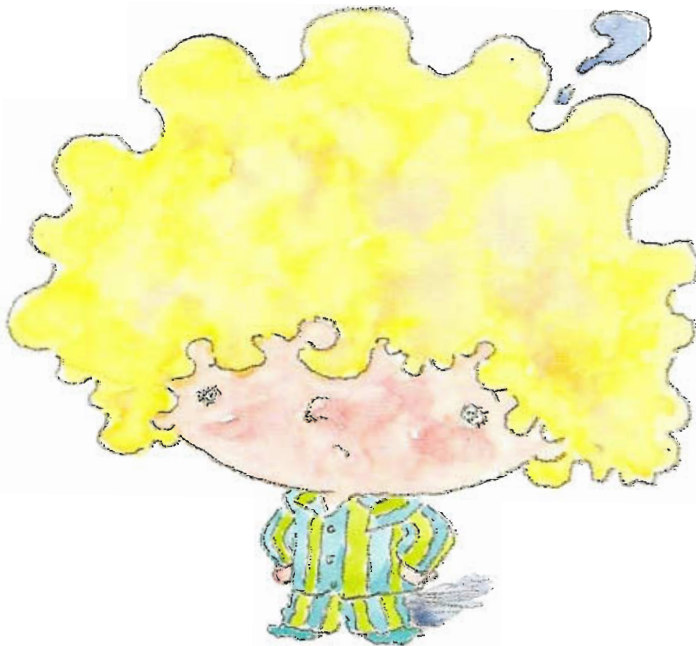
Era de noche.

Como casi todas las noches, el papá acompañó a su hijo a la pieza para contarle un cuento antes de dormir. Iba a empezar con la historia cuando ¿oía? descubrió que la cosa cuadrada y blandita donde Lucas apoyaba la cabeza no estaba en su lugar. Ni siquiera en el extremo de los pies.





Nada por aquí, nada por allá. Hasta que de pronto... un grito espantoso resonó en toda la casa. Justo en el momento en que la mamá de Lucas fue a levantar a Simón para darle la teta y en el moisés encontró a su bebé, tapado casi hasta la nariz, con la almohada que Lucas había perdido y que nadie podía encontrar.







El peor de todos, para ser sinceros, el ataque de “semeperdió” más largo y profundo que tuvo Lucas para esa época, fue el que le dio una semana más tarde. Mejor dicho, siete días, cuatro horas y trece minutos después.

Cuando lo llevaron a casa de la abuela y, en vez de decirle como siempre “hola abuela qué tal”, le dijo “hol. .buel. qué t.l”.

–¿Que qué? –preguntó la abuela–. ¿Qué decís?

–Que hol. .buelit. cómo te v. –repitió más despacio como para darse cuenta de lo que le estaba pasando. Porque... ¿había perdido una letra? Sí, se le había perdido la A.

La A de LucAs, la A de AbuelA, la A de holA, la A de lA y la A de tAntAs pAlAbrAs mÁs.



HOL...
..BUEL..
QUE T..L.

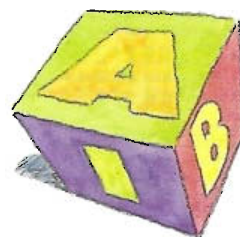
–¡.buel.! ¡.buel.! –gritó desesperado–. ¡Se me perdió un. letr.!

–¿Que qué? –preguntó su abuela–. ¿Qué decís?

Pero antes de que Lucas le pudiera responder, lo agarró suavcito de la mano y lo invitó a dar un paseo bajo el sol.

–Vamos a la plaza –le propuso.

–Bueno –dijo Lucas algo triste.



Y se quedó pensando que si no aparecía su A ya nunca podría pronunciar palabras tan lindas como gAnAs, como plAzA o tobogÁn.

–¿Por qué no subís a la hamaca? –le preguntó su abuela por puro preguntar.

–Bueno pero... –Lucas se interrumpió al contestar.

Y es que si no aparecía su A ya nunca podría pronunciar palabras tan lindas como hAmAcAr. Ni hAmAcA, ni ArenA, ni bAlde, ni pAlA, ni nAdA, ¡ni nAdA mÁs!



G..N..S
PL..Z..
TOBOG..N



–Esto es horrible –pensó Lucas–. Horroroso –se dijo–. HO-RRO-RO-SO –repitió. Y ahí nomás se le ocurrió una gran idea para disimular.

–¡Obuelo! ¡Obuelo! –gritó entonces contentísimo–. ¡Quiero un helodo! –agregó.

–¿Que qué? –preguntó su abuela–. ¿Qué decís?

–Que tengo hombre, obuelo, mucho hombre.

–¿Que si sos un hombre?

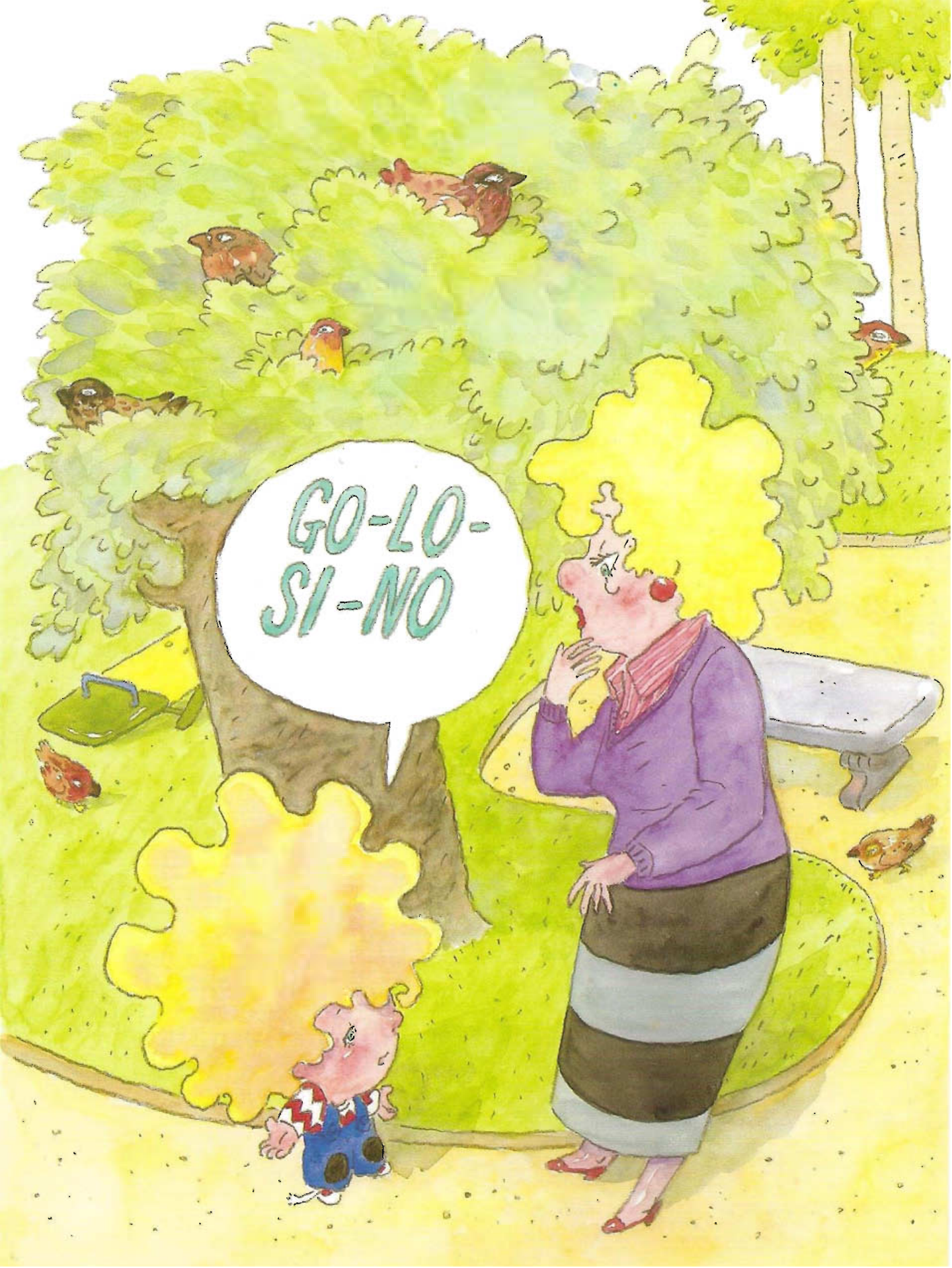
–No. Que quiero tomar un helodo, obuelo.

–El abuelo está trabajando, mi amor.

–El obuelo no, obuelo. Que tengo hombre. Que quiero uno golosino. GO-LO-SI-NO –insistió al borde de la desesperación–. Chicolote poro comer. ¿Entendés?

–Este chico está cada día más raro, nena

–murmuró la abuela como hablando con alguien.



GO-LO-
SI-NO

Y mientras se rascaba la nuca pensando qué hacer, Lucas se fue al arenero y se puso a llorar.

Primero lloró bajito. Como lloran los que recién empiezan. Así: snif y snif.

Después lloró un poco más. Como el que ya está llorando. En serio.

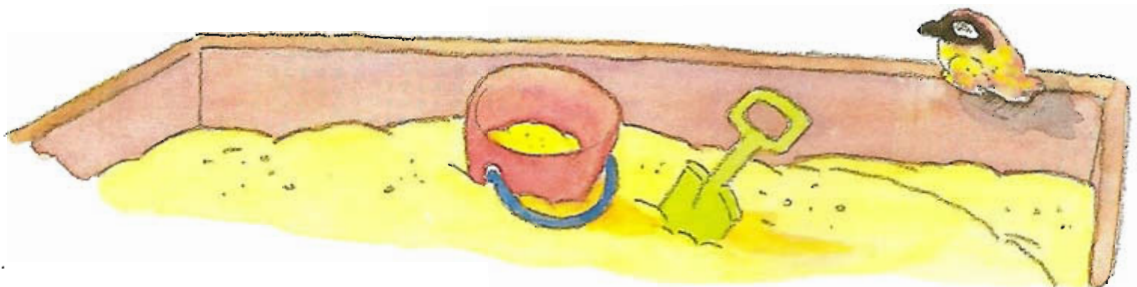
Al fin se largó con toda el alma y ante los ojos de la abuela y de la plaza en pleno, abrió la bocota de una punta hasta la otra de su cara.

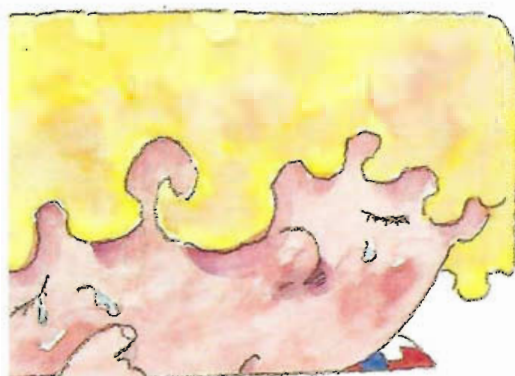
–BuAAAA –chilló el pobre con todas sus fuerzas.

–BuAAAAAAA –volvió a chillar.

–Bu-A-A-A-A-A –chilló de nuevo. Y a punto de soltar otro llantazo...

–¡AcÁstÁ! ¡Acástá! ¡La encontré!





Lucas abrió los brazos como quien va a recibir un aplauso del público. Y sin que nada ni nadie pudiera entender qué verduras había pasado, fue corriendo al encuentro de su abuela.

Le rodeó la cola con los brazos.

Le apoyó los rulos sobre la panza.

Y así se quedó un buen rato pensando que había cosas peores que tener un hermanito tan pelado y tan sin dientes como el suyo.



Se llama Lucas y aquí está otra vez. Con la cabeza llena de rulos, como en el cuento anterior. Pero con un hermano: Simón.

Simón acaba de nacer y la vida de Lucas no para de cambiar. Primero porque ya no es el único chico de la casa. Segundo porque se ha convertido en el mayor (que no es lo mismo que ser un mayor). Y tercero, porque le dan más seguido que nunca unos terribles ataques en los que todo se le pierde, hasta las letras de su nombre.

Silvia Schujer nació en Buenos Aires. Empezó escribiendo poesía y componiendo canciones. Con su primer libro, *Cuentos y chinventos*, ganó el Premio Casa de las Américas en 1986, y en 1994 el 3° Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*. Publicó en esta misma editorial Oliverio *Juntapreguntas*, *Puro huesos*, *Palabras para jugar* (Lista de Honor ALIJA, 1992), *La abuela electrónica y algunos cuentos de su diskette*, *350 adivinanzas para jugar* y *Lucas duerme en un jardín*.

Huadi (Hugo Alberto Díaz) nació en 1955, en Buenos Aires. Está casado con Agustina y tiene dos hijos: Joel y David. Lo que más le gustaba cuando chico era treparse a los árboles altos, era audaz en esos tiempos. Ahora no tanto, ahora lo que más le gusta es dibujar. Ha ilustrado de todo en su vida: libros infantiles, cuentos, historietas, tiras cómicas, paredes, diarios y revistas. En su trabajo para adultos se ha destacado como caricaturista político del diario *La Nación*.



ISBN 950-07-1629-1



■ **Edad sugerida:**
a partir de 4 años

www.sudamericanalibros.com.ar